



ARZOBISPADO  
DE SANTIAGO

## **HOMILÍA MONSEÑOR CRISTIÁN RONCAGLIOLO, VICARIO GENERAL DE SANTIAGO MISA APERTURA SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE SINODALIDAD**

Queridos hermanos,

Con gran alegría nos reunimos en esta querida Iglesia Catedral para celebrar el domingo, Día del Señor y, en el, hacer la solemne apertura del proceso sinodal de nuestra Arquidiócesis. En comunión con el sucesor de Pedro todos —laicos y laicas, sacerdotes, religiosas, religiosos y obispos— comenzamos este esperanzador camino que tiene como norte ayudarnos a encarnar mejor el Evangelio, siendo una Iglesia más participativa y corresponsable de la hermosa tarea de evangelizar.

1. Al aproximarnos a la primera lectura contemplamos como el profeta Isaías describe la figura del Siervo de Yahveh (Is. 53,10-11). De este personaje no se conocen empresas grandiosas, ni célebres discursos, pero si se sabe que cumple el plan de Dios con su presencia humilde y silenciosa. Adentrados en el Nuevo Testamento queda en evidencia que Jesús es el Siervo del Yahveh anunciado: su vida y su muerte, bajo la forma total del servicio hasta la entrega de sí (cf. *Flp. 2, 7*), son la fuente de nuestra salvación y de la reconciliación de la humanidad con Dios.
2. El Evangelio de Marcos describe la escena de Jesús con los discípulos Santiago y Juan, los cuales querían sentarse a su derecha y a su izquierda en el reino de Dios (cf. *Mc 10, 37*), pretendiendo puestos de honor. Ante esta lógica Jesús produce una verdadera revolución mostrando, a contracorriente, la verdadera naturaleza de su misión: “El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado” (*Mc. 10, 39-40*). Con la imagen del cáliz, los invita a vivir para los demás entregando la vida en el servicio generoso y gratuito, que no tiene otro interés que el bien del hermano.
3. Un aspecto relevante del Evangelio es la comprensión de autoridad: “Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor” (*Mc. 10, 42-43*). Para los discípulos de Jesús, ayer, hoy y siempre, la única autoridad es la del servicio, el único poder es el poder de la cruz y lo que explica la vida es la entrega hasta el precio de sí. Con ello alcanzamos el corazón mismo del misterio de la Iglesia y recibimos la luz necesaria para comprender la autoridad, tanto en el servicio jerárquico, así como en el de los laicos y en el de todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

4. Esto exige una correcta comprensión de la naturaleza del Pueblo de Dios, el cual está constituido por todos los bautizados, siendo una comunión que se distingue por su diversidad. Lejos de todo espíritu monocorde, en la Iglesia existe una pluralidad de dones y carismas que expresan su riqueza y dan cuenta de su identidad. Al mismo tiempo, la unción del Espíritu Santo (cf. 1 Jn 2, 20 y 27) dota a la pluralidad de los fieles “de un instinto de la fe que los ayuda a discernir en comunión lo que viene realmente de Dios” (EG 119). Por tanto, el camino sinodal ha de ser un proceso en el cual se cultivan y visibilizan la diversidad de dones y carismas de la Iglesia, considerados como una riqueza al servicio de la totalidad del Pueblo de Dios y del mundo; pero, al mismo tiempo, el camino sinodal ha de ser un acontecimiento en el cual crece la conciencia de que en la comunión de la Iglesia, bajo Pedro y conducida por sus pastores, se manifiesta la fe auténtica que permite desentrañar el paso de Dios en la historia personal y eclesial.
5. El camino que hoy iniciamos encuentra su corazón vivo y palpitante en la adoración eucarística, en la oración, en el contacto con la Palabra de Dios. Por ello, como enseña la Carta a los Hebreos “acerquémonos con seguridad al trono de la gracia” (Hb 4, 16) sabiendo que solo partir de una vivencia espiritual robusta será posible abrirnos a escrutar el paso de Dios en nuestra vida y a seguir sus huellas. De ahí que, al iniciar este proceso, somos conminados a cultivar una vida espiritual vigorosa que oriente el Sínodo para que, como señala Francisco, éste “no sea una convención eclesial, una conferencia de estudios o un congreso político, para que no sea un parlamento, sino un acontecimiento de gracia, un proceso de sanación guiado por el Espíritu”. No nos olvidemos: el primer gran paso de este proceso es la contemplación del misterio de Dios, en comunidad, sabiendo que el Espíritu es el que actúa y moviliza a la Iglesia.
6. Para desarrollar este camino Francisco ha propuesto tres pasos: el encuentro, la escucha y el discernimiento. En un primer momento somos conminados a encontrarnos para vivir la experiencia de la comunión en la oración, en el compartir, en el soñar juntos y en el servir. Este primer paso es una oportunidad para convocar a todos sin excepción. En una Iglesia herida, donde hay fracturas, donde no siempre hemos sabido congregarnos, donde hay desconfianzas latentes causadas por los delitos de abusos sexuales y sus consecuencias; y en una sociedad convulsionada por el proceso constitucional, por el desencuentro y por la indiferencia producida por el materialismo lacerante que cada día deja a más descartados a la orilla del camino, somos impelidos a hacer los mejores esfuerzos para generar espacios de encuentro. Este empeño no solo es un bien para la Iglesia sinodal, sino que es una ‘lámpara’ profética que iluminará el hoy de nuestra patria. Con convicción afirmo que el hecho de convocar al encuentro, en sí mismo, ya es testimonio de que la Iglesia es madre, donde nadie sobra y donde todos pueden hallar un espacio y un cobijo; y también al encontrarnos testimoniamos, con humildad, que la comunión y la fraternidad son un camino indispensable para construir el futuro de Chile.
7. Un segundo momento es el escucharnos poniendo el oído atento al paso de Dios por la vida de tantos hermanos. En la escucha se fraguan las

relaciones, se forja la fraternidad y se proyecta el futuro. Todos tenemos oídos, pero muchas veces somos incapaces de escuchar porque hay una sordera interior, que es peor que la física, porque es la sordera del corazón. El Espíritu nos pide que nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de esta diversa Iglesia de Santiago, de quienes habitan en esta ciudad y de nuestro país; también a la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone por delante. Ejercitándonos en la escucha hacemos un camino de Iglesia, pero también un aporte grande a la patria testimoniando que nadie sobra, que todos tienen una palabra, que, en la acogida, la escucha y el respeto se fragua una verdadera convivencia nacional.

8. El tercer momento es el discernimiento, que nos empuja a desentrañar, a la luz de la fe, cuales son los caminos que nos invita a recorrer el Espíritu para ser una Iglesia más fiel a su Maestro. En este discernimiento, con la lámpara de la Palabra, hemos de descubrir la voluntad de Dios, lo que el nos pide hoy y empezar a caminar. En esta aventura del discernimiento el sentido de fe, que es fruto de la unción del Espíritu Santo, da sabiduría y rol de sujeto a todo el Pueblo de Dios para que, en comunión con la jerarquía, pueda desentrañar aquellos elementos de bien, de bondad y de verdad que han de guiar el caminar de nuestra Iglesia, para que ella sea mas servidora.
9. No podemos ocultar que en este proceso hay un riesgo latente: dejarnos capturar por lo que Francisco llama una 'introversión eclesial' que nos hace pensar que el sentido del Pueblo de Dios es su vida interna, su organización, su estructura. Esto mismo, tantas veces nos hace 'masticar' una y otra vez la desolación, impidiéndonos mirar la realidad a la cual debemos evangelizar. Cuando esta mirada nos captura, nuestras preocupaciones pierden el norte misionero y pensamos que la vida cristiana transcurre encerrada en la confortable vida eclesial; cuando esta mirada nos penetra nos desconectamos, la Iglesia pierde la sintonía con la realidad en la cual está inserta y que apremia de los cristianos una palabra y una voz profética; y cuando esta introversión eclesial se instala entre nosotros nos alejamos de los pobres, no tocamos las llagas de los sufrientes y se debilita el compromiso con los excluidos. Lejos de todo ensimismamiento, una Iglesia sinodal es como un estandarte alzado entre las naciones (cf. *Is* 11,12) que camina situada en la historia –y no en paralelo a ella–, que mira los sueños y las esperanzas, las oscuridades y las tristezas de los hombres y mujeres de su tiempo para llevarles la luz de Cristo, para dar una palabra profética, para denunciar lo que contradice el Evangelio, para acompañar la vida tal cual nos viene. De corazón hago mías las palabras de Francisco: "prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades" (EG 49).
10. Este mismo espíritu sinodal nos abre a escuchar con especial atención los 'latidos' de la humanidad que nos cuesta entender o que simplemente hoy parecieran estar ajenas a la vida de la Iglesia. Somos conscientes que tenemos enormes dificultades para empatizar con tantos signos del tiempo; también que nos cuesta hacernos parte en una cultura plural en la que no somos mayoría; y sabemos que hay muchos elementos del hoy

de la historia que jamás serán compatibles con el Evangelio. Pero, conscientes de las complejidades del tiempo, una y otra vez hemos de recordar que el ideal cristiano “siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual” (EG88). Debemos ser testigos de esperanza, con dulzura y respeto, sin ingenuidad y movidos por el fuego del amor de Dios que nos provoca al anuncio, que nos exige profecía y que nos anima una y otra vez a ser testigos.

11. Uno de los ‘latidos’ de la humanidad que hoy nos interpela es el segundo aniversario de los acontecimientos del 18 de octubre de 2019. Queridos hermanos, es urgente que recordemos una y otra vez qué somos una patria donde nadie sobra. Las legítimas y profundas diferencias que existen, jamás pueden ser obstáculos para encontrarnos, escucharnos y para discernir juntos. Solo el respeto permite el auténtico encuentro, solo la escucha respetuosa abre al diálogo, solo el discernir juntos proyecta el porvenir con estabilidad y esperanza. En la medida en que quienes habitamos en esta tierra forjemos una auténtica amistad social, seremos capaces de construir el futuro en paz. Pido a Dios que en este día tan cargado de simbolismo y de contrastes en la percepción ciudadana nuestros líderes políticos, actores sociales y todo hombre y mujer de buena voluntad renueven su compromiso con el bien común y den testimonio, en gestos y en palabras, de que quieren ser auténticos artesanos y servidores de la paz.

En este día de fiesta, pido a la Virgen del Carmen y al Apóstol Santiago, que custodien el proceso sinodal que hoy iniciamos y nos orienten en el peregrinar para crecer en el servicio del anuncio del Evangelio.